

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Palacio Provincial

Teléfono 1584

*

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

In memoriam: El amigo entrañable	<i>Enrique Segura.</i>
Ante «El caballero con la mano al pecho» del Greco.....	<i>Ricardo Acosta Camisón.</i>
Plenitud.....	<i>Santos Sánchez Marín.</i>
Divagaciones sobre el existencialismo.....	<i>Luis Rodríguez Arias.</i>
Llamas de capuchina.....	<i>José Canal.</i>
Como un instante de laca.....	<i>Manuel Pacheco.</i>
El Príncipe Cuentecito (narración para niños)	<i>Eladia Montesino.</i>
Crítica sin hiel.....	<i>Un aprendiz de hablista.</i>
Ideario extremeño.....	<i>Francisco de Aldana «El Divino»</i>
A Cervantes (Triptico)	<i>Emilio Crespo.</i>
Divagaciones de un lector con sueño en tor- no a «Los sexos, el amor y la historia», de Pedro Caba	<i>Cástulo Carrasco.</i>
Ocaso.....	<i>M.^a Luisa Chamizo.</i>
Estampas	<i>M. Gutiérrez de la Fuente.</i>
«Ser Artista y Poeta».....	<i>Crescencio Rubio Sáez.</i>
Mirador: Crónica	<i>Curio O'Xillo.</i>
Al margen de los libros.....	<i>P. Romero Mendoza.</i>
Bibliografía.....	<i>P. R. M.</i>
Láminas.....	<i>Caricatura de Burgos Capdevielle y fotos de Más y Garro- rena.</i>



ALCANTARA



AÑO V

31 OCTUBRE 1949

NÚM. 24

IM MEMORIAM

EL AMIGO ENTRAÑABLE

I

CUANDO lo conocí en los comienzos del siglo, José López Prudencio era un hombre joven, de cierto empaque, a pesar de su no elevada estatura, cuya natural prestancia inspiraba respeto. Nació en Badajoz, en Noviembre de 1870. Su mirada de suave e imperiosa penetración, irradiaba luminosidad. Facciones nobles—la nariz perfecta—destacábanse sobre el amplio bigote y abundosa barba con ligerísimas tonalidades rubias. Usaba altos cuellos almidonados y trajes oscuros: —«Todo de negro hasta los pies vestido», repetía él evocando el soneto de Machado a Felipe II. Quien no lo conoció a los 30 años, no pudo sospechar en su desfigurada ancianidad, la arrogante dulzura de aquel rostro.

Del Seminario de San Antón, en la Plaza de Minayo, donde iniciara sus conocimientos de lenguas clásicas, no conservaba la timidez ni el aire pazguato de algunos de sus condiscípulos al abandonar los hábitos; pero guardó su educación cristiana, toda su vida, con avaricia. Después del bachillerato y de sus estudios de Filosofía y letras, alcanzó plena conciencia de sus afanes literarios al lado de maestros, como don Federico de Castro y don Marcelino Menéndez y Pelayo. Recordaba, muchas veces, López Prudencio su vida de estudiante en Madrid, con íntimos amigos extremeños, en una de aquellas casas de huéspedes, sórdidas, que Pérez Galdós retrata en sus novelas.

Su formación filosófica en la Universidad alcanzó los tiempos de moda de la escuela krausista, importada de Alemania por Sanz del Río, de la que no fué partidario por su heterodoxia. Si acaso, citaba con oportunidad algunas definiciones de una precisión esquemática, como argumento en alguna discusión abstrusa. Santo Tomás y San Agustín fueron sus predilectos. Cuando apareció, más tarde, la «Revista de Occidente» sus filósofos más leídos y comentados, en nuestras conversaciones, fueron Max Scheler y Pablo L. Landsberg.

Los primeros pasos del Licenciado López Prudencio, fueron de preceptor de los hijos de una familia de abolengo, en la provincia. Con su bagaje intelectual y su juventud no tardó mucho en regresar

a la Capital, atraído por sus padres y amigos, y sin duda, por sus amores. Gustó en Badajoz las primicias periodísticas en uno de los dos semanarios en pugna, «Los Martes» y «Los Sábados», muy de la época, donde se vapuleaban contendientes, entre alusiones femeninas, charadas ingenuas y sátiras que levantaban ronchas y polvaredas de comentarios en los jóvenes y aún en los graves señores de la ciudad, en aquellas reuniones de fin de siglo.

Badajoz, la ciudad fronteriza, amurallada, con su guarnición, el «elemento oficial», labradores y ganaderos, por el 1900, vegetaba en un ambiente calmoso. Conciertos de las bandas uniformadas en el paseo, con rigurosa separación de clases. Funciones de aficionados y bailes en el Liceo de Artesanos. En el «Casino de Señores», rigodones y valsés románticos. Becerradas en la Plaza de toros con las «presidentas» de mantillas de blonda. Y en el Teatro Isabelino, el abono de toda la temporada invernal a la Compañía de «Zarzuela Grande». En palcos y plateas lucíanse familias acomodadas, militares y jovencitas casaderas, en trajes de noche, solemnes y vaporosos. En el fondo, rivalidades, envidias, banderías caciquiles, menudas pasiones que el recuerdo—después de la hecatombe del 36—, las envuelve, ahora, en cendales de paraíso perdido. ¡Aquellos veraneos a *Figueiras da Foz* con cuatro mil reis, guitarras y fados y el ciento de sardinas a un «tostón»; ¡tan líricos y tan humanos!

Publicábase un solo diario, defensor de la fracción política más en auge, sin más comunicaciones con el resto del mundo, que un telegrama de quince palabras. No se conocía aún el teletipo, ni la televisión. La Real Sociedad de Amigos del País, con su biblioteca pública, estaba en manos de unos conspicuos señores defensores de la cultura y del «Progreso», como entonces se decía. Además de las conferencias y veladas literarias, desarrollaban iniciativas que culminaron en una Exposición Regional de productos industriales y agrícolas, de resonancias en Extremadura, con premios, medallas, discursos y autoridades. Aquel foco de actividad fuese amortiguando con lentitud, hasta quedar reducido al nombramiento de un compromisario para la elección a senadores. En esta biblioteca, trabajó López Prudencio durante varios años. Por entonces dedicóse a la enseñanza privada. Dirigió varios lustros el Colegio del Carmen, con internado, en la calle de Donoso Cortés.

II

Hacia el 1900 apareció en Badajoz oriunda de la Mancha, la acaudalada familia de los Ayalas. Levantaron una fábrica de harinas y de electricidad, construyeron el canal y la presa en la confluencia del Gévora y el Guadiana. Afincáronse en la ciudad y en el campo, con jardines, arboledas, un gran coto de caza y fundaron un diario que, entonces, llamó la atención. El tendido subterráneo de los cables, por las ruas destripadas de zanjas, fué un acontecimiento. Aquel capital, llamativo, causó explosiones de envidiosa curiosidad atribuyéndolo el vulgo a oscuros manejos de los jesuitas. López Prudencio dirigió el «Noticiero Extremeño». Con su personal de re-

dacción y de administración, conferencias telefónicas, imprenta y maquinaria, con delegaciones y colaboradores literarios, era, en realidad, el primer periódico de importancia que aparecía en Badajoz. Desde el pasado siglo con la traída de agua potable, no se realizara una conmoción económica y cultural como aquélla.

Por aquellos días nació nuestra amistad entrañable. En el despacho suyo reuníanse durante la noche, aprendices de periodista, poetas, amigos y noctámbulos. Aumentaban los contertulios en los momentos de sucesos nacionales o extranjeros, o en vísperas de crisis gubernamentales, a la espera de noticias de última hora. Siempre había algún motivo de comentarios y algarazas que duraban hasta muy cerca del amanecer. López Prudencio trabajaba, además, durante el día en el Colegio, en la biblioteca de la Económica, en sus actividades literarias y en sus intervenciones en el Ateneo que acababa de fundarse. Ya estaba casado con Adela, sin haber dejado sucesión. Una pléyade, al azar, de funcionarios, médicos, abogados y artistas jóvenes, de encontradas tendencias políticas, coincidieron en su afán de intervenir en la vida cultural—un tanto mortecina—de la ciudad. Celebrándose en el Ateneo Exposiciones de Arte, Conciertos, Conferencias, y unas sabrosísimas discusiones públicas a cerca de cualquier «Memoria» presentada, como la de «Los bienes comunales en Extremadura» de López Prudencio, en medio de una curiosidad creciente y, sobre todo, de una respetuosa tolerancia de ideas, tan opuestas, sostenidas con tales orgullos oratorios que al recordarlas ahora, parecen sueños de infantil ingenuidad.

El maestro Caballero, don José Canalejas, don Jacinto Benavente y otros prestigios españoles, intervinieron en diversas fiestas del espíritu. Hermoso y Covarsí, Pérez Comendador, Aurelio Cabrera y Torres Isunza, iniciaban sus triunfos en las Exposiciones Nacionales. La intelectualidad de Cáceres, se agrupaba en las páginas inolvidables de la «Revista de Extremadura». En alternados períodos, López Prudencio ocupó la presidencia del Ateneo. En la célebre «camilla» debatíase, cuerpo a cuerpo, la eterna lucha entre dos generaciones. De un lado los viejos, aferrados a sus poetas neoclásicos, a Campoamor y a Núñez de Arce, frente a nuestra bandera «modernista» con Villaespesa y Rubén Darío. Echegaray, contra Linares Rivas y el autor de «La Malquerida». Ortega Munilla, Morote, Antonio Zozaya y demás «cronistas» ampulosos y sentimentales, frente a la inquieta prosa renovadora de *Azorín* y a la musicalidad poética del estilo satánico de Valle Inclán en sus «Sonatas».—Ni López Prudencio, ni nadie, pudo evadirse de tan temible contagio.

La generación venidera desvió sus actividades hacia una política agresiva por caminos más peligrosos, donde fueron incubándose odios y venganzas, hasta convertir aquel ambiente de pacíficas serenidades, en etapas sucesivas, en estridencias irrespetuosas, vejámenes y alardes de incultura hasta desembocar, paso a paso, en la dolorosa revolución. Pero no adelantemos los acontecimientos, como rezaba en los antiguos folletines.

III

El Marqués de la Frontera, Secretario de la Asociación General del Reino, apoyado por elementos labradores y ganaderos de la provincia, consiguió el acta de Diputado a Cortes. Interesante visita de la Infanta Isabel—protectora del candidato maurista—por los Valles y Jerez de los Caballeros. En defensa de aquellos intereses materiales y políticos, fundóse «El Correo de la Mañana» que dirigiera, también, López Prudencio, cuando ya «El Noticiero» languidecía en vísperas de esfumarse. «El Correo» vivió durante más de dos lustros a expensas de un Montero de Espinosa y de don Sebastián García Guerrero, abogado, ganadero y político batallador.

Unido a López Prudencio me incorporé al diario, de Redactor-Jefe. Ajeno, por mi profesión militar, a toda intervención política, de la que fui siempre curioso espectador, organicé la «Página literaria», en cuyas columnas aparecieron valiosos escritores extremeños, como Francisco Valdés y Arturo Gazul. El Director desarrolló una labor meritoria. Sus campañas en defensa de los intereses económicos de la Región fueron fructíferas. En las páginas anónimas del diario quedaron para la historia; pero sus artículos políticos, anónimos, también, merecían exhumarse. En sus controversias frente a enemigos menos preparados y más débiles en dialéctica, triunfó su serenidad sostenida con razones contundentes. Si el contrario retrucaba, incitándole al ataque, dábale por muerto. López Prudencio esgrimía el arma florentina de su finísima ironía, hasta deshacer al contrario en las lides de la plaza pública. ¡Era temible, como una catapulta! Tales batallas de la política de campanario para regodeo de los lectores, originaban vendavales de animosidad, que se esfumaban, al poco tiempo, en un vaso de agua. A esta distancia, después de tantas monstruosidades, nos parecen pasatiempos livianos, como aquellos juegos de prendas entre enamorados, entonces tan en boga.

Donde quedábamos maltrechos como periodistas, a pesar de nuestras zumbas, era en la defensa de la ciudad, artística y tradicional. En la fachada del convento de San Francisco, se hicieron desaparecer las venerables huellas de las granadas de la guerra de la Independencia, cuya antigua pintura se cubrió de cal. Embadurnóse Puerta de Palma, simulando, con rayas pintadas, las piedras que ocultó el enjalbegado. Defendíamos, palmo a palmo, como en las barricadas, las murallas del recinto. Inútil, todo inútil. Presenciamos entristecidos el derrocamiento de morunos baluartes en la Alcazaba y Puerta de Carros, con el pretesto oficial de amenazas de ruína, y destruyéronse con petardos de dinamita. El autor de tantos desaguisados era académico correspondiente de la Historia.

IV

El primer libro de nuestro amigo, «El genio literario de Extremadura» se imprimió por cuenta de Vicente Rodríguez, inteligente editor de una «Biblioteca Extremeña». Año de 1912. En el colofón

López Prudencio lo ofrece a su santa madre, muerta en 1898. Estudia en él la obra de ilustres paisanos, entre ellos, la de Torres Naharro, con su *Propaladia*, la de Diego Sánchez de Badajoz, la de los placentinos Miranda y Carvajal, la de Romero de Cepeda, siguiendo el clásico modelo del maestro Menéndez y Pelayo.

El año 1915 aparece, editado a expensas de la Real Academia Española, el «Diego Sánchez de Badajoz». Estudio crítico, biográfico y bibliográfico, premiado en el concurso público de 1910 a 1912. Descubrió, en una parte, la oscura figura del autor de la *Recopilación en Metro*. Sánchez, con Juan del Encina y Torres Naharro, fueron precursores del teatro español en el siglo XVI.

Es un estudio meritísimo de las *Farsas* con los materiales científicos de su época. Dió a luz, por primera vez, las partidas de bautismo firmadas por el bachiller y clérigo Diego Sánchez, existentes en los libros parroquiales de Talavera la Real. En tales búsquedas acompañábale el viejecito maestrescuela de la Catedral de Badajoz, don Francisco Javier Sancho, de rostro sonriente, enjuto y ojos vivísimos de azabache. Gracioso y ocurrente sin pretenderlo, disfrutaba sus licencias en la *Higuerita*, cazando la perdiz. «Mi venerable amigo y cariñoso y activo coadyuvador», le dice en su obra López Prudencio. Adivinó las cualidades artísticas del sexagenario canónigo, que pudo dejar así a la posteridad un libro encantador, como su sano espíritu, titulado «De cosas extremeñas y algo más». Lo prologó el presbítero Marcos Suárez de Murillo que a pesar de su valía literaria, vive olvidado en la quietud de un lugar extremeño. ¡Cuántos valores perdidos! Con el galardón oficial recibió el autor del «Diego Sánchez» el espaldarazo cortesano. Se iban distinguiendo sus méritos de investigador y crítico literario: Juicio certero, abundosa cultura y cualidades intuitivas de buen catador de obras ajenas. Se entrelazan estos méritos a su gusto dilecto de creador, según lo probará después. Como su dómene don Marcelino, del que recibiera ejecutorias y con quien en algún punto concreto de literatura midió su opinión para salir victorioso, no fué López Prudencio el arquetipo del buceador de archivos, de una sosera esquemática; descubría y describía la Belleza, en prosa extremeña de regusto castellano, empapada en emociones de verdadero artista.

Un prestigioso médico, don Regino de Miguel, de carácter seco y rectilíneo, fué el mecenas, amigo, que incitó a López Prudencio a escribir su libro de historia regional, «Extremadura y España», jugoso de amor a su tierra. En varias lecciones, divididas por siglos, va acentuando la intervención señera de los hijos más preclaros en la historia de España. Toda su enérgica personalidad de historiador, la ofrece, con reconcentrada pasión, al servicio de este ideal. Resultó tan fecunda su siembra amorosa, que en seguida surgieron discípulos y admiradores que proclamaron a todos los vientos el relieve diáfano de Extremadura revelado por José López Prudencio. A tal revelación quedó adscrita, para siempre, su persona. Actuaba desde el solitario hontanar de su intimidad, sobre lo más entrañado de su propia tierra.

De su labor creadora robóle tiempo sus intervenciones políticas. Sus amistades unciéronle a la fracción conservadora del momento. La figura austera de Maura seducía indudablemente; pero sus ideales en armonía con su ortodoxia y a caso su narcisismo estético a lo Valle Inclán, empujábanlo hacia los campos nórdicos de don Carlos. Lo que está fuera de duda, era su religiosidad y su cultura profundamente tradicional. Desde la Diputación de Badajoz demostró su austeridad, su espíritu de justicia y su elevación moral que con plausibles disposiciones puso al servicio del prójimo.

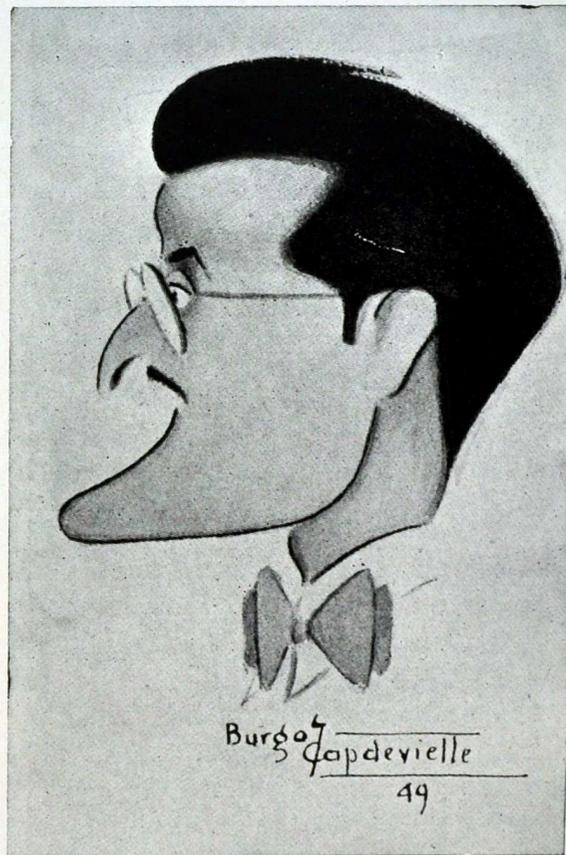
Incitábanle sus amigos labradores don Sancho Conejo y su mujer doña Elvira Casilla, a quienes dedicara un libro, Luis Chorot, de Lobón y otros muchos, a trasladarse a la corte, donde pudiera desenvolver con holgura sus valores literarios; más si alguna vez lo intentaron, el extremeño regresaba a su casa hastiado del ambiente de Madrid, a su gabinete de trabajo de la calle Trinidad. Embutido en su forrado sillón de gutapercha, de anchos y altos brazos, frente a la mesa de trabajo, soleada, llena de libros y papeles, cubiertas las paredes de estanterías con los plúteos cargados de volúmenes, saboreando aquellas «brevas» de Vuelta Abajo que compraba en mazos envueltos en papel de plomo—su deleite mayor—leía o llenaba de renglones las cuartillas, hora tras hora, año tras año, resignado en su oficio. En el periódico o en su despacho, con un gesto desdeñoso, dejaba seguir los puntos de la pluma sin elevarlos apenas del papel deslizándose en unos garabatos apenas legibles, que los cajistas, muy habituados a su letra, acertaban a descifrar.

No era hombre vicioso, ni le incitaban reuniones o juegos del Casino. Recolecto en su vivir, si acaso asistía, antes de comer, a la tertulia en la oficina del Contador de la Diputación, don Antonio Fernández Molina, abogado, de estirpe árabe, cordobés, por sus facciones y su indolencia. Su oratoria seductora y sus poesías sensuales, tenían una elegancia helénica. López Prudencio sentía hacia él una gran admiración. El viejo aficionado a la historia don Victoriano Márquez, descendiente de los liberales de las Cortes de Cádiz, con sus simpáticas soflamas castelánas. Un maduro poeta sonetista. El gracioso conversador don Antonio Chorot y algunos más. Discutían de literatura, historia, de política o de un suceso local...

V

«Vargueño de Saudades» lo terminó de escribir en Marzo de 1917 y publicóse en Badajoz el mismo año. Alcanzaba López Prudencio la cumbre de sus energías intelectuales. Hallábase a un poco más de la mitad de su camino. Pronto nos hablará de la asomada a la otra vertiente. La segunda edición vió la luz en Madrid en la «Imprenta Clásica Española», en Diciembre de 1922.

Esta obra literaria sin poderla cuadrar en ningún género definido, tiene estructura y amplitudes de novela. Guarda en sus poéticas páginas personajes, emociones, pinceladas autobiográficas y relatos de escenas, lugares y pueblos conocidos por su autor. La creación del artista contiene siempre retazos vividos, paisajes habi-



GALERIA DE COLABORADORES DE «ALCANTARA»

D. José Canal

tuales y seres de carne y hueso que cruzaron a su lado: de todo hay en esta lírica parcela.

Aparece la trama del «Vargueño»—a cuyo bautizo asistimos—en Badajoz, describiéndose maravillosamente la rinconada de la puerta catedralicia de San Blas, entre los muros almenados, oscurecidos de la lluvia, con su pétrea escalinata. En aquel instante, desciende los peldaños con esfuerzo «nuestro clérigo» pasa defendiéndose del aire, protegido bajo el rojo paraguas. Estampa coloreada que dibujó la cubierta el malogrado Blanco León y que perdurará en las páginas del libro a lo largo de las generaciones venideras.

Tiene su historia. Sebastián García Guerrero, López Prudencio y yo convivimos muchos años en la intimidad. Pasábamos temporadas cazando el perdigón en el Monte de Villalba. Al principio sentábase el escritor, con un libro, en la peña de un otero a esperar nuestro regreso. Abundan las liebres y perdices. Había monte bajo, chaparros, encinas y alcornoques en la dehesa de finos pastizales. El arroyo con vivares de conejos en las zarzas, berros, menta, poleo y adelfas entre juncos. Sucediáanse altozanos y cerretes, en un suelo afable, cruzado de veredas y caminos de carros. Desde sus visos abarcábase un extenso valle y en frente, repechos hacia cumbres más elevadas de la Sierra de Monsalud, destacándose en el oriente la silueta del Castillo de FERIA.

López Prudencio, hombre de ciudad, atildado en el vestir burlábase de nuestros comentarios cinegéticos. No daba fé a la labor de los pájaros enjaulados, a la forma de atraer a las hembras campesinas. Al celo siguiente, pudimos conseguir por nuestras demostraciones de entusiasmo, a fuerza de halagos, armarlo de escopeta y colgarle a la espalda una jaula de perdiz. Nos vengamos de su incredulidad, ofreciéndole algunos mochuelos que le permitían seguir leyendo en los aguardos.

Pernoctábamos en Villalba y nos llevaba, los primeros años, al campo y nos traía al pueblo, una jardinera baja, al trote de las mulas, a oír misa los domingos. En la sala nos visitaban graves señores, enlutados, de sombreros de media copa y carrik, el médico, el párroco, el veterinario, chispeante y familiar de Amelia, esposa de Sebastián. Allí se casaron y vivieron algún tiempo. Nuestra llegada despertaba curiosidad y las gentes nos miraban con insistencia.

De aquellas temporadas de invierno templado, de paisajes de ensueño, surgió el contenido humano del «Vargueño de Saudades», inspirado en realidades encubiertas por el manto de la poesía. Los amores de Altamira y Montevirgen—de Amalia y de Sebastián—como chispas luminosas del rescoldo de paz aldeana, aparecen rodeados del joven teólogo», don Alonso Bolaño, de don Santos Guzmán, de Silverio, de Luisa y Magdalena, de don Tobalo... en una trama de sucesos acaecidos en el ambiente pueblerino de silencios millenarios. La suave ironía y el espíritu observador de López Prudencio, vertido en una prosa musical, perpetúan este libro.

El escritor alcanzaba, con lentitud creciente, el prestigio merecido por sus obras. Su nombre fuera del recinto local, sonaba ya en-

tre la minoría de intelectuales cortesanos, ampliándose definitivamente por todo el ámbito español, cuando empezó su colaboración en A. B. C. y apareció su firma al pie de la crítica de libros, en aquellas reseñas periódicas. Por su certero juicio, suavizados por su ingénita bondad, libre ya de esquinósidades juveniles que los años, como el agua en los guijos, iban puliendo, merecían reimprimirse en una cuidadosa edición de sus obras completas. Guardaba colecciones de autógrafos de todos los escritores y poetas notables, de aquella época, con expresivas cartas de agradecimiento.

López Prudencio a pesar de su tarèa abrumadora o tal vez por ello, miraba con aristocrático desdén el trabajo. Admiraba a los gitanos. Su constante labor de enseñanza hasta sus últimos momentos, sus colaboraciones literarias, su producción de obras y su ingrato batallar nocturno, representaba una vida noble de actividades de menguada retribución. Era un forzado. De aquí naciera aquel gesto de amarga conformidad y sus intimidades de protesta contra pudientes holgazanes, señoritos y hombres adinerados, sin escrúpulos ni cultura. Recuerdo el asombro paternal, cuando le presentaban sus niños modelos de listeza y les aconsejaba, sin vacilar, que no cogiesen un libro: —¡No estudies! ¡Procura hacerte rico, muchacho!

A pesar de sus profundas amarguras, era de carácter jovial, resignado a remar en su galera. Su salud no se resquebrajó, hasta sus últimos años; pero desde bien joven fué muy aprensivo ante cualquier molestia pasajera. Se tomaba el pulso, se observaba los latidos del corazón, y si sentía el más leve dolor, crecía en su imaginación, considerándolo como el preludio de una angina de pecho, o de un cáncer, y si le atacaba, rara vez, un simple constipado y se notase febril, exclamaba: —¡Es la pulmonía, Enrique, la pulmonía!

Alardeaba de su entusiasmo por las corridas de toros, antiguas. Tenía una buena biblioteca taurina y renegaba de la fiesta nacional moderna con novillejos y toreritos que no practicaban la suerte de matar. Los amigos aficionados tirábanle de la lengua, para escuchar sus diatribas y elogios a Cúchares y Frascuelo. Con énfasis estudiado afirmaba que era de lo único que entendía en esta vida.

VI

Los años veinticinco y veintiséis aparecen «Relieves Antiguos» y el «Libro de horas anónimas», dedicado a Sebastián García Guerrero y a doña Amalia Márroquín. Tienen la misma fragancia poética del «Vargueño»; pero carecen de aquella unidad de composición. Son, más bien, estampas evocadoras de sucesos y personajes, entrevistas, de edades pretéritas de la vieja ciudad, «momentos, ambientes y almas», «lontananzas borrosas», «mudos vestigios», «sanciones misteriosas del tiempo». Su campo de acción es el pasado, hundido bajo los montículos del Castillo. En sus visitas cotidianas, le recorre palmo a palmo y va descubriendo casonas, iglesias, palacios, rúas y callejas. Conoce a las antiguas familias, sus parentescos y aquella vida de relaciones y acontecimientos. Se ufana llamándo-

se vecino de Badajoz. Su alma retrocede a edades pretéritas y se pasea a sus anchas por aquellos mundos fantasmagóricos que para él tienen realidad. El ritornelo de su prosa cantarina que unifica los cuadros en estos dos poemas, con diversos ritmos, es el Tiempo. El tiempo fugitivo, la brevedad de la vida manriqueña, el paso silencioso de los siglos, borra generaciones, como una esponja el encerrado, para hundirse todo en la eterna noche del olvido. Si acaso se salva es algún nombre, el de un santo, el de un artista o el de un pensador. Estos dos breviaríos profanos de López Prudencio están hilvanados con los hilos de la historia de su ciudad entrañable. Las relaciones entre vecinos, los episodios cotidianos, el caserío y el paisaje, es decir, el ambiente local, únese a la idea universalista del Tiempo, hasta formar la obra de arte.

Desde la presidencia de la Diputación Provincial de Badajoz, don Sebastián García Guerrero en la etapa primorriverista, creó a sus expensas, generosamente, el Centro de Estudios Extremeños. Lo dirigió López Prudencio hasta hace muy pocos años. Su fecundo trabajo queda impreso para las generaciones siguientes en las páginas de la Revista, solicitada en toda España y en el extranjero. El intercambio alcanzó a todas las naciones de Europa y de América. Diéronse a la estampa manuscritos, algunos tan importantes como la «Historia eclesiástica de la Ciudad y Obispado de Badajoz», por don Juan Solano de Figueroa y Altamirano. Se creó una biblioteca pública de obras de interés regional y celebráronse conferencias, actos literarios y Exposiciones de Arte.

Tuvo durante su vejez algunas horas de amarguras morales, desalientos y apuros económicos. Un grupo de admiradores y de amigos, no se apartaron de su lado hasta el último momento. Todavía publicó varias biografías: La de Isabel la Católica, la del Gran Capitán y la de «San Mazona, Arzobispo de Mérida». Una «Recopilación en metro» dirigida y anotada por él queda incompleta; no apareció más que el primer tomo.

Día a día, batiéndose en retirada fueron desfalleciendo sus energías, apagándose la luz de su inteligencia, como aquellas puestas de sol que mirábamos en nuestros paseos hacia Portugal. Con sus achaques sobrellevados con entereza cristiana, acudía a sus deberes de archivero en el piso más elevado del Palacio Municipal, a sus clases en los colegios y aún pergeñaba «Crónicas» para el diario «Hoy». Costábale un gran esfuerzo a última hora subir los dos escalones de la puerta de la Catedral, que visitaba con asiduidad.

Por fin fueron acentuándose físicamente sus irregularidades funcionales, su paulatina rigidez —deformado aquel noble rostro— hasta inmovilizarse en su viejo sillón de gutapercha de anchos y altos brazos, donde muy pocos días antes de morir—el 18 de Septiembre—nos despedimos con la misma intimidad fraternal de nuestros lejanos tiempos juveniles, sin pensar que nos separábamos ya para siempre.

ENRIQUE SEGURA